

OCRÁN-SANABU

de la luna libros

La presente publicación ha sido beneficiaria de una de las Ayudas a la Edición convocadas por la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura.

1ª edición: noviembre de 2002

© DE LA LUNA LIBROS

© del texto: PILAR GALÁN

Diseño Gráfico: Marino González Montero

Impreso en España / Printed in Spain

C/ Toledo,37 - Alto

Teléf. y Fax: 924 31 60 00

Móvil: 659 00 37 94

www.delalunallibros.com

06800 MÉRIDA

Depósito Legal: BA-587-2002

I.S.B.N.: 84-932748-2-8

Fotocomposición e Impresión: GRÁFICAS REJAS, S.L.
Avenida Sta. Teresa de Jornet, s/n - nave 8. Mérida

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

OCRÁN-SANABU

Pilar Galán

de la luna libros

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO
ABREVIADO

SEPTIMA EDICION

A Cacar, la Calva, la Juli y el Iku.

*Que crecieron rodeados de palabras y risas,
en una casa con cortinas rojas y armaduras.*

*Porque sin sus nombres,
mi enciclopedia no tendría sentido.*

*(...) entonces advertimos que las palabras nos separan
de todo aquello que sin embargo nombran.*

J. J. Millás.

TOMO I

A

BEKKER

A- BEKKER

(Mi hermana Silvia)

A: Primera letra del abecedario español y primera también y la más pura y sonora de las vocales. En los idiomas modernos, salvo el etíope, figura al comienzo del alfabeto.

Mi hermana Silvia salió puta, qué le vamos a hacer. Más caliente que un mixto, pero buena como nadie. Otros salen buenos para el tenis o para la música, ella no. Y no es que pusiera empeño, que se esforzara, vamos, sino que le gustaba, era su natural, le salía de dentro como a algunos la inspiración.

A mi padre se lo llevaban los demonios, y eso que se enteraba de la misa la media, pero era verla, solo verla y es que se te encendía el alma de gusto, aunque fuera tu hermana, aunque esté mal decirlo, Dios me perdona.

A mi padre le pasaba lo mismo. No es que ni él ni yo fuéramos a pensar algo mal de Silvita, de eso nada. Era que aparecía lista para salir, con sus medias, sus tacones, su boca roja de fresón y nata... Y la salita se llenaba de su olor, no de colonia, no de recién duchada, sino de olor a hembra, como deben oler las hembras de verdad.

Ese brillo en los ojos, y esas pelusillas de melocotón en las mejillas, y ese respirar siempre agitado, como si en todo momento no pudiera dejar de imaginarse cosas.

Tiene un corazón muy grande, le decía mi madre, *no la agobies*. Sí que tenía un corazón enorme, donde cabíamos todos, papá, mamá, los hermanos, la tía y las primas, amigos, amantes y todos los críos del barrio.

Si es que ellos no la perseguían para verle las bragas. Bastaba que se lo pidieran para que ella misma se las enseñara en un revoloteo de puntillas blancas. Eso desde chica, luego de mayor ya no.

No le hacía falta pintarse, ni arreglarse. Había algo en ella que iba más allá de cualquier artificio.

Sexappeal, como lo llaman ahora, o que estaba buenísima, como lo han dicho siempre.

Al principio yo no quería ni que me acompañara al colegio. Menudo escándalo, aunque, todo hay que decirlo, ella iba sin provocar, como si fuera algo natural andar así, con ese movimiento. Íbamos de la mano, yo con la cabeza gacha, ella erguida como un poste, embutida en unos vaqueros que estallaban en las costuras, taconeando con sus botas negras. Dejábamos atrás las obras, los piropos, las burradas que bajaban como hielo picado desde los andamios las mañanas de invierno.

Yo me avergonzaba de ella, para qué mentir. Agachaba la cabeza y trataba de apretar el paso, con miedo, queriendo escapar de las voces agrias, de las miradas, de los insultos que a veces se me dirigían. Mamarracho, por ejemplo, o ecce homo, que debía de ser algo horrible por la cara que ponía mi madre cuando se lo contaba.

Los muy imbéciles. Como si yo tuviera la culpa, ya ves, como si yo estuviera quitándole el lugar a alguien.

Silvia era buena, calentita como una hogaza, igual de tierna. A ella sí que le gustaban los piropos, bueno, al principio. Luego se molestaba un poco, sobre todo si se metían conmigo. Pero a ella no le daba miedo contestar, nada de nada. A

veces salían de su boca unas palabras que aún hoy no soy capaz de decir.

No coincidimos en el instituto. Aún así me enteraba de las broncas de mi padre. Como para no.

No era buena estudiante, tampoco mala. Aprobaba raspan-do, alguna vez le quedó algo para septiembre.

Lo que más le molestaba a mi padre, aparte, claro está, de las pasiones que levantaba su hija, era lo de los deberes, menudas broncas. Mi padre es que era así, muy suyo. Teníamos que hacer los deberes todos con él, uno tras otro, por orden de antigüedad.

Se sentaba, encendía un cigarro y empezaba la tortura. Porque las cosas no había que hacerlas bien, sino perfectas, y si el profesor nos había sugerido una tarea, para él era una orden.

Y, luego, a la calle, a jugar, nada de tele, ni de vídeo, aun-que entonces no existía claro está, que miro ahora a las hijas de la tía Nati y da pena verlas. Si mi padre levantara la cabe-za... Todo el día con la videoconsola y la novela de las nari-ces, como si estuvieran abducidas o algo así, autistas por lo menos.

Me estoy yendo, como siempre. Eso le molestaba también mucho. Por eso discutía tanto con Silvia.

—*Aver, qué tienes para hoy.*

—*No sé.*

—*Cómo no lo vas a saber, ¿estás tonta o qué?*

—*No me he enterado.*

Acto seguido, venía la retahíla de *si estás tonta, en qué esta-rías tú pensando, no dejas de mirar a este, etc.*

A mi padre nunca le gustaron las palabrotas, los tacos, vamos. Si hubiera leído el principio de este libro se hubiera muerto. Él sí los podía decir, faltaría más. Pero nosotros no, y las mujeres mucho menos.

Silvia no decía tacos nunca. Jamás. Coleccionaba cosas, eso sí, de ahí lo saqué yo. Y Luis. Luego el médico diría que no, que lo mío era de otro sitio, pero yo sé muy bien de dónde salen las cosas que me callo.

Este médico de ahora no nos gusta nada. A Luis y a mí, digo. Me gustaba más la médico de antes. Dice Valeria que se escribe médica y se dice también así. Valeria es lista, listísima. Más que yo, desde luego, más que Silvia. Más que mi padre a lo mejor. Bueno, no creo.

No le gusta nada su nombre. A mí sí, mucho, muchísimo. Yo creo que están cambiados, los nombres digo, porque Valeria le pega mucho más a Silvia y viceversa, que es una palabra que me encanta.

A Luis no le gusta nada Valeria, Silvia sí, para que luego digan que es tonto. Yo trato de explicárselo, con una paciencia infinita, heredada de mi madre, desde luego. Valeria es la mayor, la más seria, *seria Valeria*, canta él con ese tono de voz que sabe que me fastidia tanto.

A veces lo hace delante del médico y me pone en un compromiso como quiera. Y eso que se lo he advertido en casa, por el camino, en el bar de abajo. Y eso que le he atiborrado de gominolas de todas clases, con esa paciencia mía de la que ya he hablado. Le he dejado elegir a él, con su bolsita de plástico: gatitos negros con azúcar, fresas, moras, botellas, dedos, huevos fritos... Le he dejado coger hasta una esponja rosa, que sé de sobra que le hacen mucho daño.

Para mí que lo del daño es cuento. Que se enfada y hace como que saca una espumilla rosa por la boca, como si le estuviera dando un ataque de algo. Desde luego en ese hospital privado no aprendió más que trucos guarros, para que luego digan de las empresas públicas.

Delante de la médica se cortaba un poco. No cantaba ni nada. Se estaba quieto, quieto, como si le hubiera picado un

bicho. Para mí que se dejaba hipnotizar por las palabras, por el olor a limpio de su ropa, por su movimiento de manos.

La médica, vaya palabra fea. Suena raro, aunque Valeria diga que se tiene que decir así. Doctora, mejor Ana, Anita, *¿la puedo llamar Anita? No, mejor no.* Y Luis se quedaba tan conforme, sin cantar ni nada.

Con el médico es distinto. Qué le vamos a hacer. No nos ha caído bien desde el principio, claro, que eso me guardo yo muy mucho de decírselo a Luisito. Por eso le atiborro de chucherías, a ver si se tranquiliza un poco, y hasta le dejo que vaya cogiéndolas y metiéndoselas en la boca, en las narices mismas de la de la tienda.

Él se cree que no se da cuenta nadie, pero arma tal escándalo que se entera todo el mundo. Para mí que les da vergüenza ajena, por eso no dicen nada. Yo, por si acaso me toca algo, le espero en la caja, pacientemente. A veces, aunque me hace sentir fatal, ensayo una sonrisa de suficiencia delante de la cajera, una sonrisa que quiere decir, dejémosle que disfrute, pobre, total, para dos días que va a durar. Y la cajera, lo que me hace sentir mucho más miserable aún, me devuelve la sonrisa, desde su inteligencia superior, maldita, de contrato basura en una tienda de chucherías de mierda.

Ya estoy diciendo cosas que no debería decir. No tengo remedio, pero es que me saca de quicio, de verdad, la gente esta que se cree más que los demás. Todavía se lo aguanto a Valeria, faltaría más, porque es lista, listísima, pero no guapa, y eso hace que esté a veces triste, que yo lo sé y que tenga tanta manía a Silvia, que no es tan lista, pero que es mucho, muchísimo más guapa.

No es que Valeria no tenga cosas bonitas, que las tiene, por ejemplo, una piel preciosa, como de muñeca de porcelana de esas que dan miedo por la noche. Y unos ojos preciosos. Y unas manos muy bonitas, como las de la médica. Y habla tan

bien que a veces uno se queda como hipnotizado, claro que con Silvia pasa igual sin que tenga que abrir la boca.

Eso le molesta, hombre. En realidad, Vale (si me oye llamarla así, me mata) no es fea, es de un guapo que no gusta, raro, vamos.

Me estoy yendo por las ramas, como siempre. Eso me lo decía mi padre, *Hijo, hay que centrarse, en esta vida lo importante es centrarse*. Acto seguido, le entraba un ataque de tos de esos de los suyos, de asfixiarse y tener que apoyarse en el lavabo respirando hondo para no vomitar. Esa imagen me acompañará mientras viva, como dicen en los programas basados en hechos reales que le gustan tanto a Luis.

Así que ahora cada vez que pienso en centrarme, en ser coherente o madurar, me empiezan a entrar unas arcadas horribles, un sudor frío, y el corazón se me pone a mil por hora, me sube hasta la boca y rebota por todas las encías.

Por eso procuro no centrarme mucho, no pensar demasiado, vivir la vida al día, aunque yo sé que no está bien, porque me lo dice Valeria, y las cosas que dice mi hermana mayor, por más que me fastidien, son verdad. Silvia piensa lo contrario, calpe dies, me dijo un día o escarpe die, bueno, algo así. Vive el momento.

No hay quien se aclare con los consejos, por eso yo no los doy nunca, ni a Luis siquiera, y eso que Luis me respeta más que nadie, cuando le viene en gana al señor, eso sí. A veces le leo fábulas, de las de moraleja al final, y eso que las odio, pero mi madre y Valeria me las leían a mí y yo no voy a ser menos.

La cigarra y la hormiga, Valeria y Silvia, la liebre y la tortuga, la zorra y las uvas... A mí me caían mucho mejor la cigarra, la liebre y hasta las uvas de las narices, pero cualquiera le decía nada a nadie. A Luis le pasa igual, pero es mucho más

valiente que yo, dónde va a parar. Él lo dice, pues vaya mierda de cuento, o vaya birria ganar la carrera porque la liebre pierde tiempo, ya ves, como que en la segunda carrera no iba a ganar la liebre.

Luis, le digo yo, no hay segunda carrera, el cuento acaba así, pero no hay forma. ¿Acaba así en el libro? Pregunta. Dale la vuelta a la hoja o saca otro libro, que tiene que haber una segunda carrera, la revancha, como en la tele.

Tanta tele no es buena, seguro, segurísimo del niño Jesús. Da igual decírselo porque no nos va a hacer caso alguno.

Para distraerle le enseño palabras a veces, bueno, casi siempre. Ya que no lee, que aprenda vocabulario. Cojo la enciclopedia, y le digo, elige, izquierda o derecha, que hay que explicárselo, no te creas, *Luis, con la mano de la cuchara, esa.* Luego, columna uno, dos o tres, luego para arriba o para abajo, etc... Hasta que llegamos a una palabra. Y luego tres para arriba y tres para abajo, que digo yo que siete palabras al día no hacen daño a nadie.

El médico no está muy de acuerdo, en lo de las palabras, digo. Cree que así mi hermano no aprende cosas útiles. Le digo yo, *tengo entendido que es mejor un libro que un videojuego,* entonces él me mira por encima de las gafas, con esa mirada de *es usted un insecto vil,* que yo me conozco tanto, y me contesta con desgana, como si fuera inútil tratar de hacer razonar a un ser como yo. Que el paciente lea libros poco a poco, no enciclopedias. Que no le sirve de nada saber qué significan abulia, afasia y aljaba, que son términos que no va a usar nunca.

Yo me desespero, porque por muy listo que sea, no sé cómo se atreve a decir que hay palabras que no va a usar en su vida, y él qué coño sabe. No hay más que mirarme a mí, ahí es nada. Yo sí que las digo, y bien que las sé usar, pero de esto mío ya hablaré en otro momento.

Gracias por descargar esta muestra.

Pulse sobre la imagen para acceder a la página de la editorial.

